

REFLEXIONES SOBRE EL PROBLEMA DE ARGELIA

La situación en Africa del Norte reclama la atención en estos momentos. Las fórmulas “equilibrio mediterráneo”, “coexistencia” y “libre disposición de los pueblos” ponen en discusión el bienestar y la existencia misma de millones de hombres.

Esta región, la más próxima a los países de alta civilización europea, conoce en el presente un ambiente cargado de amenazas y, asimismo, cargado de promesas. La solución de los complejos étnicos, culturales, económicos y políticos de Africa del Norte puede ofrecer una *prefiguración* de una coexistencia pacífica—la verdadera—para otras zonas agitadas por conflictos semejantes.

¿Se encontrará un *modus vivendi* que permita la organización democrática de estas áreas? Sobre ellas convergen fuerzas ideológicas, cuestiones estratégicas y presiones de la constelación política del día.

Todo ello se percibe bien en *el problema argelino*, que atrae nuestro interés en el presente trabajo. Y, así, Jacques Soustelle ha definido, en términos de geopolítica, el conflicto de Argelia como el choque de dos fuerzas: una, Este-Oeste—la del panarabismo—; otra, Norte-Sur—la del occidentalismo.

* * *

En una declaración emitida por la Conferencia de Bandung, celebrada en la primavera de 1955, se sostenían los derechos del pueblo argelino a disponer de sí mismo y a la independencia, y se apremiaba al Gobierno francés “a aportar sin retraso un arreglo pacífico a esta cuestión”.

En una memoria explicativa presentada a la O. N. U., trece Estados declaraban, en el mes de julio del año pasado, que la situación en Argelia constituía una amenaza virtual a la paz y una fuente de fricción internacional. Tal documento consignaba lo siguiente: esta situación,

que continúa agravándose, es una consecuencia inmediata de la conquista colonial.

¿Qué se deduce de las precedentes consideraciones? Primeramente, la estimación del carácter colonial del régimen francés sobre Argelia; y, por ende, el *hecho diferencial* del pueblo indígena. En segundo lugar, el aspecto internacional del problema argelino.

Ahora bien; eso no es todo, ni mucho menos. Efectivamente, la demanda de los Estados afro-asiáticos presenta una grave cuestión jurídica. Ya que—a diferencia de Marruecos y de Túnez—Argelia forma parte integrante de la República francesa y el artículo 2- (7) de la Carta de las Naciones Unidas prohíbe a esta Organización intervenir “en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados”. (El único precedente que cabe citar para una acción es el ejemplo ofrecido por la cuestión de las personas de origen indio en Suráfrica, enfocada desde el punto de vista de los derechos humanos.)

Realidad del problema argelino

Mas nadie puede dudar de una realidad: que, por encima de sofismas jurídicos, existe el problema de Argelia, que se presenta bajo un triple aspecto: político, económico y social.

Respecto al primer matiz, diremos que el problema de Argelia se deriva de la *singularidad de su personalidad* (por más que, para algunos, “el problema político es tanto más difícil de resolver cuanto que Argelia no forma todavía una entidad nacional con un régimen político propio”; así opina Edmond Blanc, alcalde de Tlemcen, entre otros cargos políticos).

Desde luego, es preciso destacar varias evidencias extraídas de los textos legales o de la realidad histórica y geográfica (1). Primeramente, existe un *estatuto de Argelia*, definido por la Ley de 20 de septiembre de 1947, decidiendo en su artículo primero que “Argelia constituye un grupo de departamentos dotado de la personalidad civil, de la autonomía financiera y de una organización particular”...

Parejamente, el carácter especial de este territorio está consagrado por la presencia en Argelia de un Gobernador general—institución antigua que data, bajo su primera forma, de 1834—; por el mantenimiento

(1) Para este asunto, vid. R. Emsalem, *Perspectives Nord-Africaines*, “Evidences” diciembre 1954. págs. 22-23 y 40.

cerca del Gobernador de un Consejo de Gobierno (artículo 5.º), y por la creación de una Asamblea Argelina, que sucedió a una representación instituída a finales del siglo XIX.

Otra faceta notable es su relación con el poder central. Por el artículo 59 del *estatuto* se ha hecho obligatoria la conexión con el Ministro del Interior, sometiendo al *informe* de este Ministro las condiciones de aplicación de la Ley. No obstante, ha de advertirse que el *estatuto*—en la mayor parte de sus disposiciones—no nombra a ningún Ministro en particular, haciendo referencia únicamente al Gobierno de la República; y que el Ministro del Interior no se menciona más que en el artículo 21, pero conjuntamente con el Ministro de Hacienda y con ocasión de la atribución más importante de la Asamblea Argelina: la preparación del presupuesto. Aparte de esto, la vinculación de Argelia con el ministerio del Interior no tiene carácter orgánico, pues si el Gobernador general se nombra a propuesta del Ministro responsable del Interior (Decreto de 23 de agosto de 1898), no se hace sino en Consejo de Ministros, siendo “responsable de sus actos ante el Gobierno de la República” (artículo 5 de la Ley de 2 de septiembre de 1947) (2).

Una segunda particularidad es que la zona territorial que forma Argelia era hace ciento cuarenta años un país exclusivamente musulmán; lo que no ocurre hoy (con 8,5 indígenas para cada europeo—datos de 1 de enero de 1954—; teniendo en cuenta los 300.000 musulmanes argelinos emigrados a Francia en busca de trabajo). Aunque la colonización, bastante activa a partir de 1870, alcanzó su plenitud hace una treintena de años; y en los últimos tiempos la proporción de los europeos baja de manera continua. Pues bien; esas cifras testimonian una peculiaridad humana y política, con la cual hay que contar. Así resulta obligado hablar de *la personalidad de Argelia*, compuesta de esta mayoría de indígenas y de un conjunto europeo que forma cuerpo con el país.

Desenvolvimiento del patriotismo argelino

Mas existe una circunstancia indubitable e indubitada: *hay argelinos y hay una Argelia*. Y esto forma el problema más difícil del Africa del Norte, ya que todo un país ha sido integrado, jurídica, administra-

(2) Toda esta estructuración es recogida únicamente a efectos de evidenciar la personalidad argelina; dejando aparte las novedades recientes: plenos poderes del *Ministro Residente*, etc.

tiva y económicamente, en el curso de una colonización intensa de ciento veinticinco años (3); pero con la precisión de que la masa de su población ha permanecido fuera de tal integración, viviendo al margen de su propio país.

Pues bien: para la finalidad de esta breve "nota", dividiremos la historia de la Argelia moderna en tres períodos bien distintos:

1.º El que va de 1832 a 1871, y que se ha caracterizado por una resistencia activa, con el Emir Abd-el-Kader y su joven Estado. En esta fase, el trampolín impulsivo de la lucha armada desplegada por los campesinos es *el suelo nacional*, la tierra amenazada por la colonización.

2.º El que se desarrolla entre la gran insurrección político-agraria de 1871 y el año 1920. (La misión del patriotismo rural terminaría con la insurrección, aunque continuase manifestándose esporádicamente hasta 1884.) La característica de este tiempo es el silencio melancólico de un pueblo...

3.º El que vivimos, iniciado con el precedente nacionalista del Emir Khaled.

Patriotismo rural

Por lo pronto hagamos una advertencia: de una manera general, la dominación turca pesó más sobre las ciudades que sobre los medios rurales, mientras que el colonialismo francés afectó más a las áreas campesinas.

Y no se olvide, a fin de cuentas, que en el espíritu de muchos franceses la razón de ser de la penosa conquista argelina era *la tierra*. Así, de la acción francesa en Argelia surgieron dos conflictos: *patriotismo contra colonización* y *nacionalismo contra colonialismo*.

Efectivamente. Los primeros términos se opusieron en Argelia durante medio siglo, a través de una guerra mortífera y de levantamientos armados cuyo fracaso implicó el secuestro de varios centenares de millares de hectáreas y el establecimiento permanente de una población numerosa, extraña al país. Esta guerra, que duró de 1830 a 1884, alcanzó sus altas cumbres en 1845, 1849, 1857 y 1871, afectando de forma singular al pueblo, lo mismo por sus consecuencias inmediatas (destrucciones), que por sus consecuencias lejanas (expropiaciones). Los núcleos

(3) Registremos la concepción de una *nueva Francia africana*, tras la pérdida de Alsacia y Lorena.

campesinos, más que los urbanos, tuvieron conciencia del peligro que les amenazaba; de ahí que su reacción se tradujese en un patriotismo combativo—movido tanto por instinto de conservación (la defensa de sus tierras) como por espíritu comunitario, donde se fundían conceptos nacionales, espirituales y morales.

Tierra y patriotismo se confunden en Argelia. Un escritor argelino ha dado las cifras de las tierras absorbidas por Francia: entre ocho y nueve millones de hectáreas. Reconociéndose (tomemos el testimonio del francés Raymond Aynard) que “la mayor parte del dominio entregada a la colonización proviene del secuestro de las confiscaciones inmobiliarias que han seguido a las grandes insurrecciones”. Y es el mismo quien ha señalado que en Argelia los franceses *n'ont pas eu affaire à un pays vacant*.

Registremos los pensamientos que el mariscal Clauzel dirigía a los europeos de Argelia, tomando posesión de su puesto de Gobernador general el 10 de agosto de 1835: “Formad libremente empresas en la extensión de las tierras que ocupamos y recibiréis toda la protección de la fuerza de que dispongo”. El mismo mariscal dió el ejemplo apropiándose de vastos terrenos.

El problema revela toda su intensidad. La tierra para muchos argelinos se confunde con el principio de la vida. Es testigo, como prueba de relieve, un campesino del Aurés que, en el momento de la aplicación de la Ley de 1873, gritaba: *Los franceses nos han vencido; han matado a nuestros jóvenes; nos han impuesto contribuciones de guerra. Todo esto no era nada; se curan las heridas. Pero la constitución de la propiedad individual y la autorización dada a cada uno de vender las tierras que le hubieren correspondido en el reparto (descolectivización forzosa) es la sentencia de muerte de la tribu.*

* * *

¿Cómo no ha de haber explicación para ciertas actitudes del presente ante la política gala del pasado? Citemos lo que escribía un jefe militar francés, a mediados del siglo pasado: “Estábamos estupefactos de tantas bellezas naturales, pero las órdenes eran imperativas y he creído cumplir a conciencia mi misión, no dejando ni un pueblo en pie, ni un árbol, ni un campo. El mal que ha hecho mi columna es incalculable. ¿Es un mal? ¿Es un bien? A mi entender, creo que es el único medio de inducir a la sumisión o a la emigración de sus habitantes”. “No encon-

tramos más que enemigos entre la nación indígena. No tenemos amigos entre los árabes”, afirmaba el coronel Canrobert.

La esencia del problema.

Pues bien; más allá de una minoría extremadamente conservadora y de una mayoría más o menos racista, hay que reconocer que el verdadero problema es de orden económico y social. (Así se ha señalado por los estudiosos de los temas argelinos. Vid. Edouard Lebrun, *En Algérie, l'ennemi c'est le silence*, “Jeune Europe”, 15 dic. 1955, págs. 4 y 5). *Cualquiera que sean los aspectos políticos actuales de Argelia, el problema es, en el fondo, esencialmente, un problema de miseria. A esta conclusión llegaba el informe del senador galo Pellenc, en febrero pasado.*

En apoyo de tales aseveraciones, acudamos a algunos detalles significativos. Como los siguientes: de los nueve millones de habitantes de Argelia, ocho son musulmanes; de ellos, cinco tienen menos de veinte años; y, de tal población, sólo una vigésima parte ha recibido, en las raras escuelas, un rudimento de instrucción (4); a esto se añade un aumento de los nacimientos al ritmo de 250.000 por año. (Cifras de Pellenc) (5).

Por otra parte, siguiendo con los pormenores, de una extensión de doscientos millones de hectáreas, apenas veinte millones son tierras cultivables (de las cuales, 600.000 plantadas de viñas). Con una singularidad: la obligación continua de disputar estos suelos a la usurpación del desierto...

Todavía más; en 1948, en un interesante trabajo del padre Letellier,

(4) Nos encontramos con que el término francés se aplica indiferentemente a los europeos y a los musulmanes.

La palabra europeo es también equívoca, puesto que designa tanto a los franceses como a los extranjeros fijados en Argelia. 8.500.000 musulmanes pueblan Argelia. El número de europeos asciende a poco más de un millón: 1.050.000, aproximadamente (de ellos, alrededor de 860.000 franceses; y unos 50.000 extranjeros—33.000 españoles, 10.000 italianos, 3.000 malteses—, etc.).

(5) Acerca de la demografía argelina, consúltense los siguientes documentos: *La situación démographique de l'Algérie en 1954*, “Documents Algériens”, S. S. número 46; L. Tabat, *Les populations musulmanes d'Afrique du Nord. Situation présente et perspectives*, “Nouvelles de l'Europe”, enero 1956, págs. 15-19; L. Chevalier, *Le problème démographique nord-africain*, I. N. E. D., “Travaux et Documents”, Cahier núm. 6, 1947, 221 págs.; L. Henry, *Perspectives relatives à la population musulmane de l'Afrique du Nord*, “Population”, París, 1947, 2, págs. 267-280.

se revelaba que el sesenta por cien de las familias rurales era absolutamente indigente. Aparte de que de la cifra de 150.000 familias calificadas de *propietarias agrícolas*, un sesenta por ciento era de pequeños cultivadores, y sólo el 0,2 por cien, de grandes propietarios.

¿Cómo ha de extrañar que, en tales circunstancias, se vuelva la vista hacia la ciudad? Surge el éxodo rural. Y aparece, consecuentemente, un proletariado urbano, completamente especial (6): los hombres transplantados son seres desarraigados, *dépaysés*, sin nada de común con los campesinos europeos que emigran a las aglomeraciones urbanas. He aquí las razones: 1.^a, Los indígenas son y continúan siendo campesinos; 2.^a, Los autóctonos componen una sociedad muy cerrada y primitiva; 3.^a, Su pertenencia a la comunidad musulmana.

Todo esto es explicable para quien se halle al tanto de la estructura interna argelina. En primer plano, registremos el carácter de la familia indígena: monárquico, con un vínculo poderoso, el espíritu patriarcal. El cimiento de la familia es la autoridad absoluta del hombre, del padre sobre todo. (Mientras el elemento disolvente de los hogares es el estado de inferioridad de la mujer.) Tal régimen se traduce por una *despersonalización* del individuo. Se comprende la desorientación de éste desde el momento en que se encuentra solo, obligado a tomar decisiones para todos los actos de su vida, y en unas condiciones que no se parecen, en verdad, a las vividas en el "bled". En la ciudad se ve en constante contacto con una sociedad donde el individualismo es llevado al extremo, y tal *trato* no solamente es inevitable, sino indispensable para que el indígena viva y subsista.

Pero, junto a esto, nos hallamos con *la mentalidad para el trabajo*: creada por la formación patriarcal, donde los trabajos penosos han sido reservados a las mujeres en todos los tiempos.

En todo caso, cabe acudir a una distinción fundamental entre el proletariado *europeo* y el proletariado musulmán: la atmósfera de paganismo y de irreligión que caracteriza a las masas proletarias europeas, falta entre el entramado proletarizado musulmán. El *désaxement* del musulmán proviene de su inadaptación a vivir en *el sistema de individuos aislados*. La demostración está en aquellos argelinos que disfrutaban de un

(6) Vid. otras reflexiones de este tipo en *Le Proletariat Algérien*, en el capítulo general *Le Proletariat en Afrique du Nord* del estudio *Problèmes humains en Terres d'Afrique*. Editions C. R. E. E. R., 1948.

oficio estable: tienen dificultades para vivir dentro de la economía europea u occidental.

Ahí reside todo el problema. No nos enfrentamos con una cuestión de clases a poner a flote o de apaciguamiento en una lucha de clases; estamos frente a una educación pura y simple de los individuos. Así, pues, cabe hablar de la existencia de un proletariado argelino; pero en el sentido de integrar una población que vive en la mayor inseguridad. Es un proletariado totalmente diferente del europeo: en él la inseguridad económica es *la consecuencia* y no *la causa* del profundo desorden psicológico, moral y religioso, debido al desgarramiento producido por la llegada a la ciudad de individuos separados de su grupo, sin preparación para entrar en una civilización material, de concepción diferente.

Ahora bien; llegados aquí, conviene destacar la disparidad flagrante existente entre las dos poblaciones, musulmana y europea. Por ejemplo, la mortalidad es del 13,1 por 1.000 entre los indígenas, mientras entre los no-musulmanes es de 8,8 (cifras de 1953). En las ciudades, la diferencia todavía resulta más marcada: la mortalidad indígena es del 19,5 por 1.000 y la de la población infantil musulmana se eleva a 181 por 1.000 (7). Estas precisiones nos conducen—sin hacer concesiones a la menor sensiblería—a la imagen de un “bled” superpoblado y de sus “gourbis” miserables o a la de las grandes *bidonvilles*.

Y, sin embargo, esa pobre humanidad es prolífica, exhibiendo una natalidad del 40,3 por 1.000 contra una natalidad europea del 18,7 por 1.000. Los progresos de la higiene explican tal trayectoria. Véase cómo en 1953 el aumento de los indígenas fué de 227.000 habitantes. Resultando que su efectivo demográfico se ha cuadruplicado desde 1872.

No pretendemos esbozar un panorama completo de la realidad argelina, mas se impone la cita de la distribución de *la población activa* del país. Tales hechos se contienen en el siguiente cuadro:

(7) Percíbese lo que suponen estos detalles: la renta media anual del francés europeo se eleva a unos 200.000 francos (cifra inferior a la del francés metropolitano, de 300.000 francos); pero la del francés musulmán es de unos 27.700 francos...

DISTRIBUCION DE LA POBLACION ACTIVA

Sector musulmán:

	Empleados u obreros
Agricultura	820.000
Manutención	170.000
Comercio	33.000
Industria textil	2.500
Industrias diversas	12.000
Artesanado	10.000
Minas	9.000
Transportes	9.000
Profesiones liberales	4.500

Grupo europeo:

Obreros y empleados	200.000
Obreros y empleados agrícolas	50.000
Funcionarios y profesionales liberales	50.000
Artesanos	50.000
Propietarios agrícolas	20.000
Arrendatarios, aparceros y gerentes	6.000

(Vid. RENÉ BRANELLEC: *Démographie et investissements en Afrique du Nord*. "Revue de Défense Nationale", abril 1953, pág. 400.)

Empero la presión del problema económico-social se muestra cada vez más fuerte. Y ella manifiesta la urgencia de la cuestión política. La miseria obliga a los indígenas a desplazarse, el "bled" emigra a la ciudad y ésta expulsa a sus excedentes hacia la metrópoli. Mas con todas las consecuencias: ya que de los 300.000 emigrantes sólo trabajan 142.000, según testimonio oficial (8).

En esta esfera, nos parece ajustada la posición de A. Farès. A juicio de esta personalidad política gala, la emigración norteafricana a la metrópoli ni puede ser considerada como una válvula de seguridad, aportando un alivio momentáneo a la economía argelina, de una masa de trabajadores parados. Mencionando el desarraigo de los trabajadores y de sus familias, Farès advierte que una corriente de ese tipo no es susceptible de conducir a un progreso del medio social. Concluyendo este escritor francés por declarar que el remedio a la superpoblación argelina no hay posibilidad de encontrarlo en una emigración temporal de

(8) Respecto a los argelinos en Francia, cons. *Les Algériens en France*, I.N.E.D., "Travaux et Documents", Cahier núm. 24, 1955, 166 páginas; también, *Les Nord-Africains en France*, "Documents Algériens", S. S. núm. 45, 1955.

obreros manuales, sino en la constitución en parajes argelinos de conjuntos industriales capaces de dar empleo a la mano de obra excedente (9).

En fin, tal vez quepa resumir todas estas facetas en el siguiente pensamiento: *la más imperiosa de las exigencias de Argelia es dar trabajo y techo* (juicio de Jacques Chevallier, en "France Outremer", diciembre 1953, págs. 30-32).

En el fondo, el problema está ligado a la lentitud de la industrialización (10). Cualquiera que sea la política adoptada en este camino, la industrialización tendría como resultado el ensanche del mercado interior, para el acrecentamiento de los medios de consumo puestos a disposición de los necesitados. Sin embargo, este designio se encuentra con la oposición de una larga tradición, sólidamente arraigada en los medios dirigentes argelinos. La razón es que la industrialización trastornaría las costumbres de los habitantes, elevaría los salarios en el "bled", arrancararía del "bled" a una parte de su mano de obra, ayudaría a generalizar las instituciones sociales, colocaría a las masas bajo la influencia de los sindicatos...

(9) Lo real es que el problema económico dista de ser sencillo. Para instruir, aun de forma rudimentaria, a una población en expansión demográfica, para darle trabajo y aumentar su nivel de vida en un tres por cien por año, sería preciso—a tono con los estudios más serios y más autorizados—un esfuerzo anual de 400 *milliards* de francos. Aparte de que las posibilidades agrícolas de Argelia son reducidas: un aumento de un tres por cien en la superficie cultivable a cambio de gastos de irrigación importantes. Empero, nótese los planes de reforma agraria anunciados en marzo (V. "Le Figaro", 29 marzo 1956, pág. 12—*Réformes agricoles et sociales en Algérie*—).

Contrariamente a ciertos países como el Brasil, Argelia no dispone prácticamente de *margen de extensión* en los sectores accesibles a la población en incremento. De esta forma opina Laurent Schiaffino (*L'Algérie et son avenir*, "Revue de Défense Nationale" abril 1953, pág. 396); juzgando que, para el futuro inmediato, el mejor camino en materia de industrialización es una política prudente; y reconociendo que, en la esfera agrícola, las posibilidades de extensión son relativamente débiles.

(10) En torno a un panorama de conjunto de la economía argelina, pueden hojearse: *Aspects de l'Argérie*, "France Outremer", diciembre 1953, págs., 22-59, con distintos estudios—de la escena agrícola a la fisonomía de la industrialización del país y los problemas del agua y de la conservación del suelo—; pero, de manera principal, el número extraordinario de "Le Monde Economique" de Túnez, titulado *Un monde en fusion. L'Afrique du Nord* (más de 264 págs., 2.000 francos), plétórico de datos y gráficos.

¿Caridad o justicia?

Pero en este campo urge actuar de prisa. De los estudios publicados sobre las realizaciones sociales en Africa del Norte se desprende una doble conclusión, muy neta. Por un lado, los franceses, en su actuación, han pensado especialmente en la *caridad-asistencia*. De manera indiscutible, han querido socorrer las miserias halladas en Argelia. Pero no han superado ese estadio, persuadidos de que no era posible hacer nada en ese sentido y, aparte, de que era inútil. (Esto se decía ya en un año 1948.) Demasiado imbuidos de la idea racista de la superioridad del europeo, han considerado a la población indígena como condenada a vivir eternamente en su estado atrasado. Y la política de París ha pensado poco en las realizaciones destinadas a luchar contra ese ambiente, a hacer salir al musulmán de su inercia, para iniciarle a la vida moderna, en el respeto a sus creencias y a sus tradiciones. Los franceses no han comprendido que hay otras formas de *caridad-amor*, y que uno de los deberes más esenciales del pueblo adelantado es conducir a los pueblos *protegidos* al nivel de su evolución.

Por otro lado, los autóctonos, frecuentemente, no han sido capaces de analizar sus deficiencias. Víctimas de su estado sociológico, encerrados en su urdimbre de costumbres y tradiciones, difícilmente permeable, han buscado con poca intensidad el cambio necesario. En ocasiones, han luchado contra toda tentativa de evolución; concretamente, en lo concerniente a *la enseñanza juvenil y a la dignidad de la mujer*.

¿Futuro cerrado?

¿Qué trayectoria ha de seguirse? Como hemos leído en una revista francesa, lo que ha inspirado al "fellaghismo" argelino o tunecino es el sentimiento de *un avenir sans issue*, de un porvenir sin salida. Aquí se asienta el principal peligro. Relacionado con este punto, mencionemos el movimiento de abstención general en las elecciones de enero de este año. Lo significativo de este hecho es que tal movimiento no ha sido desencadenado ni por el miedo ni por la pasividad ni, aun, por el odio (pues resulta falso decir que todos los argelinos odian uniformemente a todos los franceses). Fué la voluntad de no tener representantes en el Parlamento francés, la base de esa huelga de los candidatos y de los electores. "Una vez más, el pueblo argelino ha escogido el silencio. Pues el silencio cubre a Argelia".

Véase a continuación una sucesión de valoraciones, procedente de una mente argelina, en torno a los problemas de su país. "Dios no ha probado a ninguna de las naciones pertenecientes al mundo árabe y al Islam con una prueba más cruel que la sufrida por la nación árabe musulmana de Argelia. Ha afligido a esta nación con un colonialismo vil en su naturaleza..., ha demolido su estructura original, ha arruinado sus fundamentos, ha conducido al hambre de los vientres y de los corazones, ha empobrecido los espíritus, ha vaciado los bolsillos, ha cerrado a sus hijos la puerta de la educación y de la instrucción, ha abierto... la puerta de la herejía, del *reglamento* moral, de la violación de las leyes del respeto a los padres".

En 1925 las miradas de los núcleos musulmanes argelinos se dirigían hacia Turquía. Turquía representaba entonces, a sus ojos, la forma ideal de civilización. Y ellos deseaban quemar las etapas, pasar brutalmente de la Edad Media al siglo xx. Pero desde 1937-38 se puede advertir que los jóvenes musulmanes no miran hacia Turquía o hacia el Occidente, sino hacia un Oriente que trata de reformarse desde el interior. En 1927 nacía en El Cairo la Asociación de las Juventudes Musulmanas, y en 1931 surgía en Argel la Asociación de los ulemas de Argelia. En suma, en 1925, si creemos el testimonio de Chérif Benhabylès, la juventud argelina remedaba a la juventud occidental, tenía como dioses a la técnica y al ateísmo. Un sabio orientalista decía de ella: *Está en trance de perder su lengua y su música; es decir, su alma*. En nuestros días, ha tomado conciencia de lo que le falta y de que quiere reconquistar su alma (11).

(11) Creemos que el lector estará al tanto de la acción del movimiento de independencia argelino, canalizado, en esencia, por tres grupos: el *Frente de Liberación Nacional*, típicamente argelino (según se dice, contando con el favor del ochenta por cien de la población del país), relativamente laico y occidental; el *Movimiento Nacional Argelino*, orientado hacia el Islam ortodoxo y oriental, sin concepciones políticas, con influencia—en regresión constante—concentrada principalmente entre el subproletariado (y, de modo singular, entre los obreros norteafricanos en Francia); y el conjunto comunista, dotado de una pequeña organización autónoma, mirado con desconfianza por el F. L. N. Aunque hayan de mencionarse, asimismo, la *Asociación de los ulemas reformistas*, cuyo objetivo era un renacimiento islámico, y la *Unión del Manifiesto Argelino*, preconizando el establecimiento de una República Argelina en la Unión Francesa, *ambas superadas por los acontecimientos...* Vid. la trayectoria del movimiento de independencia en *Esquisse d'une histoire politique de l'Algérie*, de Georges Hardy, en "Revue de Défense Nationale", abril 1953, págs. 410-427; y también en el artículo de F. Coll inserto en el núm. 32 de los C. A. O.

Otras evidencias: la presencia francesa; las juventudes y la justificación de la concordia.

Eso en una faceta de la cuestión. En otro perfil, no menos vital, hay que tener presentes a los *franceses* de Argelia. La mayoría de ellos ha nacido en tierras argelinas y sus padres también; muchos no tienen familia en la metrópoli y no han estado en ella más que con ocasión de las guerras—lo que no dejan de destacar—.

En fin, para que los europeos y musulmanes puedan cooperar útilmente en Argelia, es indispensable que *repiensen* el problema de Argelia, comprendiendo las realidades actuales y que unos y otros reformen su manera de ver el futuro (12).

¿Quién mejor que los jóvenes para esta labor? El motivo es sencillo: no han tomado definitivamente sus posiciones y aún pueden escapar a los prejuicios.

Sin embargo, se ha hablado de dificultades de la juventud en Argelia (13). En efecto. Ahora bien; debe notarse que aquí nos referimos de modo esencial a la juventud de las ciudades y a la *élite* de las zonas rurales, que, después de haber frecuentado la escuela primaria, pasan a la escuela profesional, al Instituto y, aun, a las Facultades. (Y en estos efectivos juveniles, distinguiremos tres categorías principales: los hijos de las antiguas familias dirigentes; los de gentes de *petite origine*; los alumnos de las escuelas libres fundadas por los ulemas reformistas.) Pero la complejidad aflora. Pues, aunque ambas juventudes vivan bajo el mismo clima y sobre la misma tierra, bien que a veces se eduquen en las mismas escuelas y practiquen juntos los mismos deportes, sus maneras de pensar, de sentir y de abordar la vida varían con frecuencia

(12) No resistimos la tentación de enfrentar el Plan Mollet y las condiciones del Frente de Liberación Nacional. El primero se resume del modo siguiente: *indisolubilidad de los vínculos entre Francia y Argelia; reconocimiento de la personalidad argelina; vuelta a la calma gracias a medidas sociales y psicológicas; reorganización del dispositivo militar; elecciones libres en "colegio único"*. Las condiciones del Frente vienen concretadas en unos cuantos puntos: *reconocimiento de la independencia de Argelia; liberación de los detenidos y de los condenados; amnistía general; suspensión de las operaciones militares; constitución de un Gobierno argelino de negociaciones.*

(13) Vid., los siguientes trabajos: J. Despins, *Psychologie de la jeunesse française d'Algérie*; Paul Emile Sarrazin, *L'évolution de la jeunesse musulmane d'Algérie*; R. Le Tourneau, *Les deux jeunesses en Algérie*— aparte de otros—, en *Jeunesses en Terres d'Afrique*, Editions C. R. E. E. R., 1949.

íntegramente. Pero, indiscutiblemente, un hecho las liga: *el particularismo argelino*.

Lo cierto es que hay que llegar a un punto de entendimiento. Los europeos han de desembarazarse del complejo de superioridad y de la mentalidad de conquistadores, por los cuales se dejan llevar fácilmente y que, en la hora actual, parecen anacrónicos.

Los musulmanes deben persuadirse de que, si su espiritualidad tiene la raíces en Oriente, su vida cotidiana se halla amasada con ingredientes occidentales, no sólo debido a que los europeos se hayan establecido en su país, sino debido a que, a causa de las corrientes de cambios y de las grandes *líneas de fuerza* de la política mundial, el Norte de Africa se halla, de forma irremediable, ligado a Europa Occidental y a los países atlánticos.

Conciliar la influencia espiritual y cultural del Oriente árabe con el progreso económico y político del Oeste no es cosa sencilla. La diferencia de las civilizaciones no facilita las tentativas de aproximación. Y si esto se da entre Estados europeos vecinos, se admitirá que la tarea es más ruda para europeos, de formación latina y cristiana, y para musulmanes, de civilización semítica y de lengua árabe o bereber.

Mas sólo a través de tal directriz es como se arribará a la realización de una asociación que parece la única fórmula de la Argelia próxima. Largamente se ha hablado de fusión, de asimilación. Pero la experiencia permite decir que las dos civilizaciones en presencia son demasiado vigorosas para que una se someta a la otra. No resta sino vivir lado al lado, en asociación. En esta ruta, la cuestión resulta harto clara. Incluso, aparece la tragedia de los argelinos que han trabajado durante una gran parte de su vida por la política de asimilación. Se ha llegado a la atmósfera de hoy, en que nadie quiere eso *del todo*. Ni Francia, que no está presta a aceptar la *integración íntegramente*. Ni los autóctonos, que han sido conquistados por la idea de su nación. E indiquemos los asertos de uno de los representantes de la política llamada de asimilación—“verbalmente practicada durante más de un siglo”—: esa política de mentira y de hipocresía no ha consistido más en mantener, de hecho, a los indígenas en una situación disminuída material y moralmente. ¿Sus consecuencias? Europeos y musulmanes, teniendo géneros de vida diferentes y niveles de existencia distintos, no se han aproximado; ni menos, interpretado. Privilegios y bienestar, de una parte; miseria y ataques a la dignidad, de otra, han conducido al drama que vivi-

mos. "Ahora es demasiado tarde para detener la ola de nacionalismo que sacude al país".

Hasta se hace gala de desprecio. "A pesar de una aritmética imperial, que alinea las cifras ventajosas para enmascarar el verdadero problema, los argelinos tienen conciencia de haber perdido, desde 1830, a causa del colonialismo francés, bienes de primera necesidad: la tierra, la libertad, la salud física, sus instituciones nacionales y el estudio de su lengua, al lado de los cuales todas las carreteras, todos los hospitales, todas las presas, no son más que simulacros de civilización; lo mismo que los *chantiers temporaires de chômage*, con relación a la cuestión agraria, y la actual Asamblea Argelina, respecto a la simple democracia, son simulacros de esfuerzo social y de progreso político". *Este es el juicio de un escritor argelino, Mostefa Lacheraf.*

Concluyendo, en nuestra línea de moderación, recojamos la existencia de proposiciones en pro de una trabazón federal entre ambas partes. Solución discreta para las mentes equilibradas. Empero, quizás, condenada a caer en el vacío, al intentar llevarse a la práctica. No en vano, nuestra época—en el sentir de García Morente—carece de vocación netamente definida...

Por LEANDRO RUBIO GARCIA

*Miembro del Seminario de Estudios Internacionales
de la Universidad de Zaragoza*

